

Diccionario de informática

María del Carmen Ugarte

Coordinadora del Grupo de Lengua
e Informática
Asociación de Técnicos de Informática (ATI)
Madrid (España)

Collazo, J. L.: *Diccionario Collazo inglés-español de informática, computación y otras materias.* México: McGraw-Hill; 2001. ISBN: 9701034287 (obra completa), 970134295 (tomo I), 9701034309 (tomo II). 177,30 euros.

*Los buenos maestros enseñan hasta
cuando se equivocan.*

Para empezar esta pequeña reseña podríamos decir que nos encontramos ante «un vasto diccionario de autor hecho por encargo».

Y de esta simplificación, hecha totalmente a propósito, partimos para ir ahondando en lo que este nuevo esfuerzo de Javier Collazo puede significar en el terreno de la traducción informática.

Lo primero que llama la atención es su volumen; sin lugar a dudas un libro que ha de reposar necesariamente en una biblioteca: dos volúmenes de 27 cm, que abarcan, según algunas fuentes, 100 000 términos. Una obra exhaustiva, hecha a fondo, por lo menos en lo que a su extensión se refiere. En la mayoría de los casos, Collazo no se limita a dar un único término, sino que agota todas las posibilidades añadiendo mil y un sintagmas, cuyo significado concreto no siempre es deducible del significado de la palabra principal.

Pero antes de seguir analizando esta obra se hace necesario repasar la génesis de su elaboración. En 1980 el autor publicó su *Diccionario Enciclopédico de Términos Técnicos (DETT; se conserva la ortografía empleada en la obra)*, de gran aceptación en el mundo técnico. El *DETT* cubrió, sin duda, un hueco importante. Ese mismo año, con su jubilación recién estrenada, Collazo

funda su propia empresa de traducción, labor a la que había dedicado su vida profesional. Y en esta su segunda vida, el autor continúa recopilando sistemática y concienzudamente los nuevos términos que aparecen en las traducciones que realiza o revisa. Finalmente la editorial McGraw-Hill firma con él un contrato de autor para la elaboración del presente diccionario. El Collazo, podemos decir, es una labor de encargo realizada sobre la base de una obra anterior y la experiencia minuciosa de muchos años.

Orientada expresamente a traductores técnicos, el sentido de la obra, pese a lo que del título pudiera deducirse, es del inglés (idioma de origen de la mayoría de los textos técnicos) al español (idioma de destino de la mayoría de sus lectores). El diccionario da por sentado que se posee también la obra anterior, el *DETT*, sin que el nuevo diccionario sea una ampliación de aquel ni estrictamente una obra nueva, pues de aquella toma el autor los aproximadamente 8000 términos informáticos que ya había recopilado y los incorpora en la nueva, no sin antes someterlos a una revisión.

A pesar de esta actualización, el Collazo tiene el aroma de un diccionario histórico; muchos términos tienen hoy ya un uso escaso o se refieren a objetos (entendidos en sentido amplio) fuera de uso. La tecnología ha avanzado mucho en estos años, y muchos de los términos recogidos en el Collazo parece que solo tuvieran cabida en el mismo museo donde se guardan las piezas o conceptos que nombran. Sin embargo, bien está tenerlos a la mano, porque muchos de los conceptos que algunos venden como auténticas novedades ya estaban entre nosotros desde hacía tiempo.

Pero en el Collazo, sin duda alguna, se echa en falta la moderna tecnología, los nuevos conceptos... Todo diccionario, y más si es de esta magnitud, tiene que ser, por fuerza, histórico, llegar hasta un punto en el eje del tiempo, pero aunque el Collazo nos resolverá claramente algunas dudas del pasado, tendremos que acudir a otras fuentes si tratamos del presente o del futuro. Más adelante veremos algún ejemplo de esto.

El Collazo es, por otra parte, una obra de autor, en el sentido de que el autor ha volcado en él su conocimiento y su mejor hacer o entender, pero no ha dado cabida a otros autores, a otras opiniones,

al menos explícitamente, y de hecho se echan en falta en la obra una bibliografía general y unas fuentes. Algunas traducciones, pese a que objetivamente pudieran parecer impecables, quedan fuera de la realidad objetiva; por ejemplo, el autor no se resiste a proponer su propia traducción para el polémico *software*: ‘programaria’, algo que a mí me recuerda el *programari* catalán, pero de cuyo uso no he podido encontrar ni una sola referencia. ¿De qué sirve proponer traducciones sobre palabras ya más que asentadas en el uso? Si ya en los novísimos es difícil «imponer» traducciones, en términos con unos años parece una labor banal.

Quiere ser el Collazo, y en buena parte lo consigue, no un mero diccionario inglés > español, sino también un diccionario enciclopédico, de sinónimos e ideológico. Todo esto aparece junto dentro del orden alfabético de la obra, de ahí que no haya uniformidad en la redacción de los artículos, puesto que, si conviene, incorporan todo tipo de elementos, e incluso hay artículos monográficos en los que el autor agrupa los términos que tienen que ver con una determinada actividad. Por ejemplo al nuevo, pero ya no tan nuevo, campo de la ‘inteligencia artificial’ (IA) y la ‘robótica’ el autor le dedica un monográfico en el que se han incluido 47 términos afines, pero aun así resulta totalmente insuficiente para cubrir esta área. Otro tanto podríamos decir de la entrada para la ‘World Wide Web’ (WWW), en la que el autor remite a otros términos, como ‘páginas individuales’ o ‘páginas web’, pero donde se cometen algunas imprecisiones en la definición: «Servicio, extensión o sector —según preferencia definitoria— de la *Internet*, donde los usuarios de computadoras equipadas con modem (sic) pueden interconectarse [...]». Interrumpimos aquí la definición porque nos parece un buen ejemplo para resaltar las imprecisiones que se presentan en algunas definiciones: en esta, la Web estaría solo al alcance de los usuarios que utilicen módem; otro tipo de conexiones a la Internet, de siempre bastante más importantes, no se tienen en cuenta. Otro tanto podría decirse de la definición de *electronic mail*: «transmisión entre computadoras de mensajes textuales en ASCII». Collazo parece obviar claramente no solo los nuevos formatos de correo, sino también la posibilidad que ha tenido desde hace muchísimo tiempo el correo electrónico de incorporar adjuntos, de enviar a través de ese servicio virtualmente cualquier tipo de archivo. A

mi juicio, ni estas ni otras son definiciones buenas y acertadas, y nos queda la duda de si el autor no habrá volcado demasiado en ellas «su experiencia personal», sin intentar asesorarse por otras fuentes.

Cojea también el Collazo en lo que concierne a las definiciones de siglas y acrónimos, ya que no siempre se explican los conceptos que subyacen a su desarrollo. Un ejemplo: en el caso de ‘DASD’ se limita a decir que es *direct-access storage device*, pero no dice quién lo usa o dónde se emplea, o qué tipo de dispositivo de almacenamiento es.

Sí es acertada, por contra, la inclusión de posibles sinónimos, antónimos, fraseología e incluso de localismos (¿mexicanismos?, ¿americanismos?), aunque esta última parte la encuentro poco documentada y, en general, toda esta área aparece deslavazada y descolgada, casi como un pegote.

El Collazo intenta ser un diccionario normativo, según su propia declaración de intenciones: «Se encontrarán en él innumerables ‘definiciones, explicaciones y descripciones’ y además ‘enseña’ y da ‘normas’, unas veces explícitamente, otras implícitamente, por ejemplo de su propio contenido y composición». Y en efecto, el Collazo proporciona, aunque no abundan, algunas notas gramaticales morfológicas, señalando los plurales en ‘píxeles’ (sic) o ‘estándares’, y también de uso, al indicar, por ejemplo, que ‘estándar’, como adjetivo, permanece invariable.

Habría que destacar también los artículos claramente enciclopédicos, como el dedicado a la teoría de la información de Shanon, y que constituyen una perspectiva interesante en la corta historia de la informática.

La parte de traducción inversa, español > inglés, queda totalmente incorporada en el cuerpo de las definiciones de los términos en inglés o de los artículos enciclopédicos. Cuando una de las traducciones propuestas en el diccionario se usa en la definición de un término, el autor remite al término original mediante la inclusión de este entre corchetes. Ello constituye un ejemplo práctico de uso de esas propuestas, pero desde cierto punto de vista la inclusión del glosario inverso, español > inglés, hubiera constituido un excelente complemento. Por otra parte este pequeño «diccionario inverso» constituye el único ejemplo real de uso, algo que se está haciendo imprescindible en los diccionarios modernos.

¿De dónde han salido tantos y tantos términos? ¿Hay tantos realmente en el campo de la informática? Hablando en sentido estricto, no, pero Collazo ha incluido en su diccionario terminología afín que abarca campos tan diversos como el cine, el teatro, la imprenta o la astronomía, con especial atención a los campos administrativos, contables y comerciales, cuya presencia en el libro es notable. En muchos casos la inclusión de estas materias y las diferentes traducciones para esos campos ayudan a la utilización de un

determinado término en el campo de la informática; en otros el resultado se ofrece claramente inflado.

Resumiendo, el Collazo es una obra de fondo de biblioteca, apta para traductores especializados en temas de computación clásica, pero muy poco útil para otras disciplinas o para aquellos que se muevan en los temas más novedosos de este cambiante mundo.

De todas formas, tampoco está de más recordar la máxima: «Los buenos maestros enseñan hasta cuando se equivocan».

Traducir la ciencia

José Ramón Trujillo

«Debe usted dedicarse a la ciencia —le dijo el editor al joven traductor literario—, porque ha conseguido un imposible alquímico: convertir cien hojas de papel en puro plomo». Y, efectivamente, el traductor —recién egresado de la universidad— siguió sumiso el consejo, abandonó la literatura y se dedicó por entero a la traducción científico-técnica.

Esta área de la traducción profesional, de gran raigambre en España, dio sus primeros pasos en una Edad Media en que la pobreza tecnológica de los reinos cristianos convirtió en necesidad la traslación de numerosos textos árabes. La labor de centros cluniacenses como Ripoll, Silos o Sahagún durante los siglos xxi y xiii, continuada luego por Toledo, puso al alcance de toda Europa (en latín primero; más tarde en un relumbrante castellano) la riqueza tecnológica y espiritual árabe y, a su través, el genio persa, hindú, y sobre todo griego. La traducción se realizó siempre en equipo y, prácticamente hasta el siglo xv, de forma anónima. Física, matemáticas, astrología, medicina, geología y alquimia fueron las materias, junto con la filosofía, sobre las que los trujamanes volcaron su fecundo esfuerzo. Un esfuerzo que introdujo nuevos términos y formas de decir inéditas en nuestra lengua.

En nuestros días, el desnivel tecnológico con los países anglosajones nos ha llevado a una imperiosa necesidad de traducción de textos científico-técnicos, pero con el inglés como lengua fuente. Y, como en la Edad Media, equipos anónimos dedican sus horas a una traslación contrarreloj de estos textos, de validez ahora fugaz; pensemos, por ejemplo, en los manuales de programas informáticos, en las instrucciones de las lavadoras o en los prospectos de algunos medicamentos.

Contemplando nuestra secular tradición de traducción científica, parece increíble que en estos tiempos de especialización sea el joven mal pagado que rechaza el editor literario —o peor, el informático o el médico de turno *que se ha animado*— quien lleve todo el peso en este sector. Y que se consienta con ello un brutal empobrecimiento de la lengua española.

La vida efímera de la mayor parte de las actuales obras científico-técnicas conduce indefectible e inexcusablemente a su ilegibilidad. No está de más recordar que en los equipos de traducción medievales hubo casi siempre un *emendador*, responsable de la redacción final. Hoy los calcos lingüísticos, un estilo plomizo y segmentado —o mejor, descoyuntado—, una sintaxis anoréxica y la agramaticalidad por doquier llevan al lector a maldecir la hora en que no aprendió inglés. Sobre todo si, confundido, ha equivocado las dosis al leer la receta de un laxante.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>)